

Yukio Mishima

El Pabellón de Oro

Traducción de Carlos Rubio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Kinkaku-ji*

Primera edición: 2017

Tercera edición: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 1949, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved.

© de la traducción: Carlos Rubio López de la Llave, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-527-2

Depósito legal: M. 30.050-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Capítulo 1
49	Capítulo 2
81	Capítulo 3
118	Capítulo 4
154	Capítulo 5
190	Capítulo 6
218	Capítulo 7
269	Capítulo 8
304	Capítulo 9
330	Capítulo 10
363	Glosario

Capítulo 1

¡Cuántas veces, no siendo yo más que un niño, me hablaba mi padre del Pabellón de Oro!¹.

Nací al noroeste de Maizuru, en un cabo solitario que se proyecta hacia el mar de Japón, la costa noroccidental del archipiélago. Pero mi padre no era de allí, sino de Shiraku, una población en las afueras del este de Maizuru. Abrazó la vida religiosa tras ceder a varios apremios y, una vez monje budista, fue puesto al frente de un templo situado en un remoto promontorio del mar. Allí se casó. Yo fui el fruto de aquel matrimonio.

Cerca del templo del cabo Nariu no había ningún colegio adecuado para mí. Por eso no pasó mucho tiempo

1. La traducción literal del título original es «Templo del Pabellón de Oro». En esta versión se ha optado por simplificarlo como «Pabellón de Oro», en consideración, además, al título con que apareció la primera versión española de la obra publicada en 1963. (Todas las notas son del traductor).

antes de que tuviera que abandonar el hogar de mis padres y trasladarme a la casa de un tío, en el pueblo natal de mi padre. Desde esta casa recorría a pie el camino de ida y vuelta al Instituto de Enseñanza Media de Maizuru Este.

La luz que bañaba la tierra natal de mi padre era exuberante. Sin embargo, no pasaba un año, por noviembre o diciembre, incluso en días perfectamente despejados sin una sola nube, en que el cielo no descargara de repente varios chaparrones seguidos. Me pregunto si no sería entonces, y por influencia de tal clima, cuando desarrollé este carácter mío tan cambiante.

En mayo, al caer la tarde, después de haber regresado del instituto, contemplaba las colinas de enfrente desde el cuarto de estudio situado en el piso de arriba de la casa de mi tío. Los rayos del sol poniente refulgían en las hojas nuevas que recubrían las laderas asemejándolas a enormes biombos de oro desplegados allí, en medio del campo. Cada vez que me quedaba absorto viendo estas laderas, imaginaba el Pabellón de Oro.

A pesar de haber contemplado infinidad de veces el templo del Pabellón de Oro real en fotografías y libros de texto, la que dominaba en mi corazón infantil era la imagen del pabellón de un monasterio tal como mi padre me la había descrito. Nunca me había dicho mi padre que el verdadero Pabellón de Oro refulgía gracias a los mil destellos del oro en que estaba construido. No, nada de eso. Así y todo, en toda la tierra no había nada, según mi padre, de una belleza comparable a la de este edificio... el Pabellón de Oro. Tan solo las letras con que estaba escrito y hasta la simple pronunciación de las cuatro palabras

de su nombre, dos cortas y dos más largas, imprimían en mi corazón la representación de algo maravilloso.

Por ejemplo, si a lo lejos veía la superficie de los arrozales reflejar bajo los rayos del sol, me decía: «¡Ah, esa debe de ser la sombra dorada que proyecta el pabellón que no se ve!». Es justamente en dirección este por donde se sitúa el paso montañoso de Kichizaka, que marca la frontera entre la prefectura de Fukui y la de Kioto. Es por donde sale el sol. Aunque la ciudad de Kioto de verdad se ubica precisamente en dirección contraria, era por encima de esos montes del este por donde yo veía cómo el Pabellón de Oro se elevaba majestuoso a hombros del cielo de la mañana.

En resumidas cuentas, el Pabellón de Oro se me aparecía en todas partes. En el sentido de que mis ojos no podían posarse directamente en él; me pasaba lo mismo que con el mar que había por allí. A pesar de que la bahía de Maizuru dista apenas seis kilómetros del oeste del poblado de Shiraku donde yo vivía, resultaba imposible ver el mar a causa de la barrera montañosa que se interponía. Sin embargo, en esa tierra siempre estaba ahí, como flotando, una especie de presentimiento del mar. A veces era el viento el que traía un olor a mar; otras veces, cuando el océano estaba agitado, las gaviotas llegaban en fugitiva desbandada hasta posarse sobre los arrozales cercanos.

Yo era de complejión débil: cuando había carreras o ejercicios de barra fija, los otros chicos del instituto siempre me ganaban. Para colmo, era tartamudo de nacimiento, lo cual me hacía encerrarme más y más en mí mismo. Aparte, to-

dos sabían que yo venía de un templo. Algunos de mis compañeros más maliciosos, para burlarse de mí, se ponían a imitar a un bonzo tartamudo leyendo sutras. En uno de los libros de clase había un relato de un detective tartamudo y los chicos lo leían en voz deliberadamente alta.

Ni que decir tiene que mi tartamudez levantaba un obstáculo entre el mundo exterior y yo. Es el primer sonido el que no sale bien. Este primer sonido es como la llave de la puerta que separa el mundo exterior y mi mundo interior, pero nunca se me ocurrió pensar que esa llave pudiera girar fácilmente. La mayor parte de la gente, al ser capaz de manejar con toda libertad las palabras, mantiene abierta de par en par la puerta que separa el mundo exterior del interior, por lo cual el aire corre continuamente entre los dos mundos. A mí, en cambio, me resultaba totalmente imposible. Mi llave estaba irremisiblemente oxidada.

El tartamudo, cuando lucha desesperadamente por producir ese primer sonido, se parece a un pajarillo en su intento angustioso por separar el cuerpo de la espesa liga, es decir, del mundo interior. Pero cuando lo consigue, ya es tarde. Evidentemente también ocurría que la realidad del mundo exterior parecía estar esperándome, de brazos cruzados por así decir, mientras yo forcejeaba por librarme de la pegajosa liga. Con todo y con eso, tal realidad que me hacía el favor de esperar no era una realidad fresca. Cuando, al cabo de mucho esfuerzo, por fin conseguía establecer contacto con el mundo exterior, me encontraba con una realidad que había cambiado de repente: ya no tenía el mismo color y hasta se mostraba borrosa.

Era una realidad que había perdido la frescura que a mí me convenía, una realidad que despedía un olor medio a podrido.

Como cabe esperar de un joven así, yo abrigaba un ansia de poder que tenía dos formas opuestas. En historia me gustaban las descripciones de tiranos. Me veía como un tirano tartamudo y taciturno rodeado de súbditos atentos a la más leve expresión de mi rostro y temblorosos ante mí día y noche. ¿Qué necesidad tenía yo de usar palabras claras y rotundas para explicar mi tiranía? Bastaba mi silencio para justificar cualquier forma de crueldad. Por un lado, me deleitaba imaginando los diversos castigos que impondría, uno a uno, a todos mis profesores y condiscípulos que diariamente me mortificaban. Por otro lado, disfrutaba igualmente viéndome como un gran artista dotado de serena clarividencia, un verdadero dueño y señor de los reinos interiores. Mi aspecto exterior era miserable, pero mi mundo interior era opulento, con más riquezas que nadie. ¿No era natural que un joven irremediablemente mal dotado como yo diera en pensar que había sido secretamente elegido? En efecto, yo sentía como si en algún lugar de este mundo hubiera una misión que me esperaba y de la cual aún no tenía la menor idea.

A la memoria me viene el recuerdo de un pequeño suceso ocurrido entonces...

El Instituto de Enseñanza Media de Maizuru Este disponía de un conjunto de luminosos edificios modernos y de espaciosos terrenos de juego. Todo ello rodeado de apacibles colinas.

Pues bien, un día de mayo unos años antes se presentó en nuestro instituto un joven graduado, el cual entonces

estudiaba en la Escuela de Ingenieros de la Marina de nuestra ciudad. Como estaba de vacaciones, había venido a visitar su antiguo instituto.

Con la piel bronceada por el sol y una nariz prominente que destacaba bajo la gorra del uniforme militar que llevaba hundida hasta los ojos, a nuestro visitante lo adornaba, de los pies a la cabeza, el halo de un joven héroe. Estaba explicando a los alumnos, todos más jóvenes que él, los rigores de la disciplina militar. Sin embargo, la vida cuya dureza todos esperábamos que comentara, él la describía como si se tratara de una existencia pródiga y lujosa. Todos sus gestos, hasta los más insignificantes, rebosaban de arrogancia, pero, al mismo tiempo, de la perfecta conciencia, a pesar de la juventud de su dueño, del valor de una humildad aceptada. El pecho del joven militar, abombado bajo la chaqueta del uniforme, hacía pensar en un mascarón de proa cortando audazmente la brisa marina.

Recuerdo que estaba sentado en uno de los peldaños de la pequeña escalera de piedra por la que se bajaba a los terrenos de juego. A su alrededor había un grupo de cuatro o cinco alumnos que bebían sus palabras. En los parterres de la ladera brillaban flores de mayo: tulipanes, guisantes dulces, anémonas, margaritas... De un magnolio pendían, por encima de las cabezas de los muchachos, las suntuosas y blancas corolas de sus flores.

Como si fueran estatuas, ni el narrador ni sus escuchantes movían un músculo de sus cuerpos. En cuanto a mí, me hallaba sentado en uno de los bancos que había al lado del terreno de juego, solo, a unos dos metros del grupo. Así era yo. Es decir, así era mi manera de rendir tributo

a las flores de mayo, al uniforme rebosante de orgullo, al coro de risas claras de los demás alumnos.

Pero he aquí que el joven héroe mostró más interés en mí que en su corte de admiradores. Yo parecía ser el único que no se había postrado ante su augusta persona, un pensamiento que debió de haberlo herido en su orgullo. Preguntó a los demás cómo me llamaba.

—¡Eh, Mizoguchi! —gritó al poner los ojos en mí por primera vez en su vida.

Yo, sin decir nada, lo miré fijamente. En la sonrisa de su rostro pude detectar ese gesto halagador de los poderosos.

—¿No dices nada? ¿Es que el señor es mudo?

—E..., e..., e... es que es tartamudo —respondió burlonamente en mi nombre uno de los admiradores.

Todos rompieron a reír. ¡Qué deslumbrante estallido de risas desdeñosas! En las risas crueles de esos compañeros me pareció ver mil destellos. Eran los destellos de un fulgor semejante al reflejo que revienta en un grupo de hojas, algo, en fin, característico en muchachos de su edad.

—¡Vaya! ¿Así que tartamudo? ¿Y por eso el señor no va a poder ingresar en la Escuela de Ingenieros de la Marina? Allí en un día te quitan la tartamudez, aunque sea a palos...

¿Qué me pasó entonces para dar una respuesta instantánea y clara? Las palabras me brotaron de forma inmediata y sin yo quererlo, como un borbotón incontenible y limpio:

—No iré a esa escuela. Me haré religioso.

Todo el mundo se quedó callado. El joven héroe bajó la cabeza, tomó una brizna de hierba y, poniéndosela en la boca, dijo:

–Bueno, siendo así, cualquier año de estos daré al señor algún trabajo.

La guerra del Pacífico estalló ese año².

En ese instante experimenté sin ningún género de dudas una revelación. Fue el conocimiento de que yo me iba a mantener a la espera con las manos extendidas en un mundo tenebroso, de que algún día aquellas flores de mayo, aquel uniforme, aquellos compañeros crueles acabarían dentro de mis manos abiertas. Pero la revelación de que yo mismo estaba apresando el mundo, estrujándolo por su propia base, era algo... excesivamente pesado para ser motivo de orgullo en un muchacho como yo.

El orgullo necesita más ligereza, alegría, visibilidad, fosforescencia. Yo deseaba esa visibilidad. Sí, deseaba que mi orgullo fuera algo capaz de ser visto por todo el mundo. Por ejemplo, la daga que el joven aquel ceñía a la cadera era claramente ese algo que yo anhelaba.

Aquella daga, motivo de admiración para todos los estudiantes del instituto, era realmente un hermoso adorno. Corría el rumor de que los cadetes de la Marina usaban la daga a escondidas para sacar punta a los lápices. «¡Vaya capricho refinado –pensaba yo–, usar un símbolo tan solemne para llevar a cabo una labor tan trivial!».

Dio la casualidad de que el joven se había despojado de su uniforme y lo había colgado de una valla pintada de blanco. Los pantalones y la camiseta blanca, que colgaban justo al lado de las flores, exhalaban la fragancia de

2. Es decir, 1941, cuando se produjo el ataque japonés a Pearl Harbor. Es la Segunda Guerra Mundial. Este personaje presiente su muerte en la inminente guerra y alude al trabajo que al futuro monje le iba a ocasionar officiar su funeral.

una piel juvenil bañada de sudor. Tomándola por la corola de una flor, una abeja vino a posarse sobre la camiseta de un blanco deslumbrante. También sobre la valla, la gorra decorada de trencilla dorada, descansaba en la misma posición con que cubriría la cabeza de su dueño, con la visera inclinada reglamentariamente hacia adelante y hundida hasta los ojos. El joven, al cual habían retado a un combate de sumo los alumnos más jóvenes, se había ido al campo de juegos para medir sus fuerzas.

Al contemplar las prendas allí abandonadas, se me grabó la impresión de que aquel joven tenía delante una tumba gloriosa. La profusión de flores de mayo reforzaba mi sensación. Allí yacía la gorra en la que se reflejaba el negro intenso de la visera, y la daga negra dentro de su ataúd de cuero que colgaba al lado. Todo ello, separado de su cuerpo y exhalando una belleza lírica, formaba un conjunto tan perfecto como el recuerdo que yo tenía de su dueño. De hecho, podría decirse que sus dos elementos se asemejaban a las reliquias dejadas por un joven héroe partido al campo de batalla.

Me aseguré de que no había nadie por allí. Desde el campo donde jugaban al sumo me llegaban los gritos de aliento. Saqué del bolsillo un cortaplumas oxidado que usaba para afilar lapiceros y me acerqué a la valla. Entonces, en el reverso de la bella funda de cuero negro de la daga, marqué dos o tres feas cuchilladas...

De la descripción precedente, la gente podrá llegar a la rápida deducción de que yo era un joven con cierta predisposición a la poesía. Sin embargo, hasta el día de hoy no he escrito un solo poema, ni siquiera notas personales o cosas por el estilo. Jamás he sentido el impulso de su-

perar a los demás destacando en el cultivo de alguna habilidad o técnica especial para, de esa manera, compensar los defectos que me dejaban en inferioridad ante otras personas. Para expresarlo de otra forma, tenía demasiada soberbia para ser artista. El sueño de ser un tirano o un gran artista nunca fue más allá de eso, de una fantasía. La prueba es que no sentía ninguna gana en absoluto de sobresalir y, por tanto, jamás llevé a cabo esfuerzo alguno para conseguirlo.

La única fuente de mi orgullo era el hecho de no poder ser comprendido por los demás. Por eso, ¿cómo iba a sentir el impulso de expresarme y de intentar que los demás entendieran algo de lo que yo sabía? Las cosas visibles a ojos de la gente –pensaba yo– no habían sido ordenadas para mí. En tales condiciones, mi soledad engordaba más y más, exactamente igual que hace un cerdo al que se ceba.

De repente mi memoria se enciende con un trágico incidente ocurrido en nuestro pueblo. A pesar de que tampoco puedo decir que en realidad me viera directamente implicado, soy incapaz de sacudirme de encima la sensación incontestable de haber participado en él.

En el curso de este suceso, me hallé cara a cara y de sopetón ante todo: vida, sensualidad, traición, odio, amor...; sí, todo lo que puede haber en la existencia. Aun así, mi memoria prefería rechazar y pasar por alto cualquier atisbo de sublimidad que pudiera haber en el fondo de todo ello.

A dos casas de la de mi tío vivía una guapa muchacha. Se llamaba Uiko. Tenía los ojos grandes y la mirada límpida. Debido tal vez a la riqueza de su familia, sus modales era

altivos. Aunque todo el mundo se desvivía por ella, resultaba imposible imaginar qué pensaba cuando estaba sola. Algunas mujeres celosas hacían correr el rumor de que por su aspecto iba a ser estéril. Sin embargo, Uiko probablemente todavía era virgen.

Nada más graduarse en el Instituto Femenino de Enseñanza Media, Uiko ingresó en el cuerpo de enfermeras del Hospital de la Marina de Maizuru. El hospital no estaba lejos, y podía ir al trabajo en bicicleta. Así y todo, tenía que estar en su puesto de trabajo muy temprano, por lo que debía salir de casa a esa hora de luz incierta en que el día empieza a clarear, es decir, unas dos horas antes de que yo tomara el camino hacia el instituto.

Hubo una noche en que después de haber dormido bastante poco, absorto en melancólicas fantasías en torno al cuerpo de Uiko, me levanté de la cama cuando todavía todo estaba envuelto en sombras, me puse las zapatillas de deporte y salí fuera. La noche de verano moría.

No había sido aquella noche la primera en que mi imaginación se había entretenido con el cuerpo de Uiko. Poco a poco en mi mente había ido tomando solidez algo fugazmente entrevisto. El físico de la joven, una especie de condensación de estos pensamientos, se me aparecía envuelto en lúgubres sombras, pero era elástico y blanco; y finalmente se hacía sólido en forma de carne perfumada. Pensaba en el calor que yo sentiría en los dedos al tocar esa carne. Mis pensamientos divagaban también en torno a la elasticidad con que se encontrarían mis dedos y a la fragancia, semejante a la del polen, que exhalaría su piel.

Eché a correr resueltamente por el camino bañado en las sombras que preceden la aurora. Hasta las piedras pa-

recían apartarse de mis pies mientras la oscuridad desplegaba ante mí su manto para mostrarme generosa el camino.

Llegué a un ensanche desde donde se puede acceder a la pequeña aldea de Yasuoka y en el cual se erguía solitario un enorme árbol zelkova. La corteza de su tronco estaba húmeda por el rocío. Me oculté detrás del tronco y me quedé a la espera de la bicicleta de Uiko, que debía llegar desde nuestro pueblo.

La esperaba sin saber qué iba a hacer. Había llegado a la carrera entre jadeos y, ahora que recuperaba el aliento a la sombra del zelkova, ni yo mismo tenía idea de cómo iba a actuar. Llevaba viviendo largo tiempo sin contacto con el mundo exterior, por lo que había alimentado la idea de que, una vez que saltase a ese mundo, todo sería muy fácil, todo sería posible.

Los mosquitos me picaban en las piernas. Por aquí y por allá se oía el canto de los gallos. Yo no apartaba los ojos del camino. A lo lejos atisé una forma blanca. Podía pensarse que se trataba del color de la alborada, pero no. Era Uiko.

Era ella que se acercaba en bicicleta. Llevaba encendido el faro delantero. La bicicleta se movía silenciosamente. Yo salí de la sombra del árbol y me planté en medio del camino para cortar el paso. La bicicleta tuvo que dar un brusco frenazo y se detuvo.

En ese momento tuve la sensación de haberme transformado en piedra. También mi voluntad y mi deseo se petrificaron por completo. El mundo exterior, que había perdido contacto con mi interior, existía realmente y una vez más me rodeaba por todos lados. Ese yo que había

salido de la casa de mi tío, que se había calzado unas deportivas blancas y había corrido como un loco camino arriba envuelto en las sombras que anuncian el alba hasta llegar al árbol zelkova, ese yo no era más que el que había hecho que fuera su propio mundo interior el que corriera y corriera sin parar. ¡Qué absoluta, qué pavorosa carencia de sentido tenían las techumbres de las casas del pueblo débilmente perfiladas en medio de las sombras del alba, los árboles en penumbra, las cumbres negras de los montes Aobayama, incluso la presencia de la misma Uiko, en ese momento de pie ante mí! Sin esperar a mi participación, algo había dotado de realidad todo esto, una realidad absurda, enorme, desmesuradamente tenebrosa que se me entregaba, que me oprimía con un peso hasta entonces desconocido.

Como siempre, pensé que las palabras eran el único recurso a mi alcance para salvarme de la situación. Un error característico en mí. Cuando había que actuar, a mí solo me importaban las palabras. Y es que las palabras salían con tanta dificultad de mis labios que me obsesionaba con ellas hasta el punto de olvidarme por completo de la acción. Para mí, la acción era algo esplendoroso y variado que debía ir siempre acompañado de palabras igualmente esplendorosas y variadas.

Yo no veía nada. Por lo que recuerdo, al principio Uiko se asustó, pero luego, al darse cuenta de a quién tenía delante, se limitó a clavar la vista en mi boca. Nada más. Probablemente se fijaba en este diminuto y estúpido agujero negro, sí, en este insignificante y feo agujero, sucio como un nido de ratas, que *en ese momento* gesticulaba de forma incomprensible en medio de las primeras luces del alba.

Después, una vez asegurada de que de tal boca no saldría la más mínima fuerza capaz de ponerme en relación con el mundo exterior, respiró aliviada y exclamó:

—¡Vaya, qué comportamiento tan raro! ¡Hay que ver cómo sois los tartamudos!

Su voz tenía la frescura y corrección de la brisa de la mañana. Tocó el timbre de la bicicleta, nuevamente colocó los pies en los pedales y se puso en marcha evitándose con un rodeo, como quien evita una piedra en el camino. A pesar de no haber ni un alma más alrededor, Uiko se alejó tocando el timbre de la bicicleta una y otra vez, burlonamente, dejándome con el eco del *ringring* que llegaba desde los arrozales lejanos.

La noche de ese mismo día la madre de Uiko se presentó en casa de mi tío. Era evidente que Uiko me había acusado. Mi tío, de ordinario un hombre apacible, me soltó una buena reprimenda. Yo maldije a Uiko y le deseé la muerte. Meses después mi maldición se cumplió. Desde entonces tengo una fe firme en el poder de las maldiciones.

Día y noche deseaba la muerte de Uiko. Sí, deseaba la desaparición del testigo de mi vergüenza. Esta vergüenza quedaría desarraigada de la faz de la tierra si no existiera un testigo. El resto del mundo era también testigo. Sin embargo, si no existieran los otros, es decir, ese resto del mundo, la vergüenza no tendría razón de ser.

Lo que yo vi en el rostro de Uiko, detrás de sus ojos relucientes como el agua a la luz mortecina del amanecer y clavados en mi boca, era ni más ni menos el mundo de los otros, el mundo de los que nunca nos dejan solos, de los que están listos para intervenir a la vez como cómplices y testigos de nuestra abyección. Los otros, todos ellos, han

de ser eliminados. Sí, el mundo ha de ser eliminado para que yo pueda realmente mirar cara a cara al sol...

Dos meses después de haberme acusado, Uiko dejó su trabajo en el Hospital de la Marina y no salía de casa. La gente del pueblo hizo correr todo tipo de habladurías. Después, al final del otoño, tuvo lugar el incidente.

¿Quién iba a soñar que un desertor de la Marina fuera a buscar refugio en nuestro pueblo? Un día, a eso del mediodía, la policía militar se presentó en el ayuntamiento, una visita que nadie relacionó con algo grave ni juzgó extraordinaria.

Ocurrió un día despejado a finales de octubre. Yo había asistido a clase como de costumbre, terminado mis deberes en casa y me disponía a acostarme. Cuando iba a apagar la luz, miré por la ventana y vi que por la calle del pueblo corría un tropel de gente jadeando y haciendo mucho ruido, como una jauría de perros. Bajé y me encontré con mis tíos, que también se habían levantado. Salimos fuera. Uno de mis compañeros de clase, que estaba a la puerta, nos gritó con los ojos desmesuradamente abiertos por el estupor:

—¡Por allá! La policía militar se lleva detenida a Uiko. ¡Vamos a ver qué pasa!

Me puse las *geta*³ a toda prisa y salí a la carrera. Era una hermosa noche de luna. Sobre el suelo de los arrozales ya

3. Chanclas con suela de madera usadas para caminar fuera de casa. Otros términos japoneses del texto aparecen definidos en el Glosario, al final del libro.

cosechados caían, por aquí y por allá, las sombras de los caballetes que sostenían las gavillas de arroz.

Detrás de unos árboles se movía una aglomeración de negras siluetas humanas. Uiko, vestida de negro, se hallaba sentada en el suelo. Una extrema blancura bañaba su semblante. La rodeaban sus padres y cuatro o cinco policías, uno de los cuales gritaba algo con voz colérica mientras en la mano sostenía lo que parecía una fiambreira. El padre de Uiko movía la cabeza alternativamente, a un lado para disculparse ante el policía, al otro para reprender a su hija. Mientras, la madre lloraba de cuclillas en el suelo.

Nosotros observábamos la escena desde la otra punta del arrozal. Poco a poco crecía el número de curiosos, cuyos hombros se rozaban silenciosamente. Arriba, sobre nuestras cabezas, la luna se mostraba pequeña, como si hubiese sido estrujada.

Mi compañero me musitó al oído una explicación. Al parecer, Uiko había sido sorprendida cuando salía de su casa llevando la fiambreira y se disponía a dirigirse al pueblo de al lado. La policía, que estaba al acecho, la había detenido en ese momento. Evidentemente la joven tenía la intención de llevar algo de comer al desertor con el cual había intimado mientras trabajaba de enfermera en el Hospital de la Marina. El resultado de estas relaciones fue que Uiko se quedó embarazada y fue despedida. La policía ahora la asediaba a preguntas para que confesara dónde se escondía el desertor, pero Uiko, atrincherada en un obstinado silencio, permanecía sentada sin mover ni un músculo.

Por mi parte, me limitaba a devorar con la mirada las facciones de Uiko. Parecía una loca entre rejas. Su rostro se mantenía perfectamente inmóvil bajo la luna.

Nunca había visto hasta entonces un rostro tan rebosante de repulsa. Mi cara, pensaba yo, expresaba la repulsa del mundo hacia mí; por el contrario, el rostro de Uiko expresaba la repulsa que a ella le merecía el mundo. La luz de la luna se derramaba generosamente sobre su frente, sus ojos, el caballete de su nariz, sus pómulos; pero el rostro inmóvil simplemente se dejaba bañar por esa luz. Si hubiese movido un solo músculo de los ojos o de la boca, el mismo mundo hacia el que ella trataba de expresar tal rechazo lo habría interpretado como una señal de debilidad y se habría precipitado sobre ella.

Yo, conteniendo el aliento, la observaba fijamente, observaba esa cara cuya historia acababa de ser interrumpida en este momento, una cara que no iba a revelar absolutamente nada ni de su futuro ni de su pasado. Un rostro tan extraño como este lo podemos reconocer a veces en la superficie que muestra el tocón de un árbol recién cortado. Aunque el corte transversal del árbol permita observar un color fresco y lozano, su desarrollo ha sido interrumpido en el instante en que muestra el corte. A partir de ahora el árbol está expuesto al viento y al sol, una exposición que no debería haber sobrevenido. De repente queda a la vista de un mundo que originalmente no era suyo. En la superficie de este corte, en la cual se dibuja la belleza de los anillos y vetas de la madera, descubrimos entonces un rostro extraño, el rostro que se expone al mundo simplemente para afirmar que lo rechaza...

No podía por menos de pensar que ni en la vida de Uiko ni en la mía, como observador entonces, habría un momento en que el rostro de la joven fuese tan bello como en ese instante. Pero no duró tanto como yo esperaba, pues